

## EL VATICANO Y LA TEOLOGIA DE LA LIBERACION

El 3 de septiembre se dio a conocer el documento de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe *Instrucción sobre algunos aspectos de la 'Teología de la Liberación,'* firmado por el cardenal Ratzinger el día seis de agosto. Es hasta ahora la más importante declaración de la Iglesia universal sobre la teología de la liberación (TL) en sus veinte años de existencia. Es, por ahora, la culminación de las sucesivas respuestas de obispos y de instancias vaticanas a la TL; pero en culminación provisional, pues el proceso queda realmente abierto por lo que toca a la realidad de la TL y, además, porque de parte del Vaticano se anuncia en la misma Instrucción un nuevo documento que expondrá de modo positivo "todas sus riquezas tanto doctrinales como prácticas" (*Introducción*). Antes de analizar la *Instrucción* veamos sucintamente los pasos de ese proceso.

1. La TL se ha considerado desde su origen como el momento segundo con respecto a un hecho primario: la irrupción de los pobres en un continente cristiano, su insoportable pobreza debida a la injusticia estructural que configura una violencia institucionalizable y, por otra parte, su esperanza de liberación integral y su compromiso de llevarla a cabo. La reflexión sobre ese hecho constituye a la TL. La captación de ese hecho en una experiencia histórica y espiritual constituye a la TL como una teología que desea ser históricamente relevante y por ello praxica y eficaz, es decir, liberadora, y como una teología solidaria, profética y espiritual, es decir, evangélica.

Desde un punto de vista *eclesial* eso es lo que fue asumido por Medellín al ver así la realidad latinoamericana. De ahí sus exigencias a la solidaridad de la Iglesia con los pobres del continente y

asumir la liberación integral como la misión de la Iglesia; y, por otra parte, la captación de que en ello —y no sin ello o contra ello— se dará para América Latina la deseada renovación eclesial pedida por el Vaticano II. Durante los años setenta diversas cartas pastorales de los obispos, nuevas formas de pastoral y la proliferación de las comunidades de base mostraron en teoría y práctica la novedad eclesial. En Puebla se reasumieron los compromisos de Medellín y se proclamó la opción preferencial por los pobres; sin embargo, no se pudo ocultar su intención moderadora hacia Medellín ante los excesos que éste habría generado, de los cuales unos eran reales y otros supuestos, y más en la práctica —comprensiblemente por lo masivo y complejo del fenómeno de liberación— que en la teoría. Después de Puebla se comenzó a distinguir claramente entre una Iglesia que había hecho la verdadera opción por los pobres, Iglesia fiel al evangelio y a la doctrina del magisterio, y una Iglesia popular, definida como antijerárquica y de inspiración marxista, y por ello condenada.

Desde un punto de vista *histórico-político* esa nueva forma de ser Iglesia con la TL como su componente teórico causó sorpresa agradecida entre los latinoamericanos, cristianos en su mayoría, pero también entre los no creyentes, que deseaban y trabajaban por la liberación de sus pueblos. Por primera vez en siglos aparecía una práctica eclesial y una teoría teológica al servicio de las mayorías populares, de su liberación y en contra de su opresión. La Iglesia y la teología aparecían como relevantes, encarnadas en y asumiendo la realidad latinoamericana, deslegitimadoras de los poderes opresores. Con ello adquirirían una credibilidad desconocida sólo ante

los movimientos liberadores y revolucionarios que encontraban en la Iglesia un aliado, por convencimiento o por táctica, sino entre las mayorías populares. Por otra parte, todos los poderes del hemisferio latinoamericano que han mantenido sometidos a los pueblos captaron muy pronto y muy bien lo que estaba en juego en esa renovación eclesial y teológica; captaron su amenaza y actuaron en consecuencia. En el informe Rockefeller de 1969, durante la administración Nixon, se decía programáticamente que “debemos tener cuidado con la Iglesia latinoamericana, pues si cumple los acuerdos de Medellín atenta contra nuestros intereses.” La CIA apareció ya en 1970 trabajando en Bolivia contra ese movimiento eclesial. En 1982 se hizo público el conocido documento de Santa Fe, elaborado por los asesores del presidente Reagan en el cual se programaba el ataque a las Iglesias que se comprometieran con los derechos humanos, especialmente de los pobres, y a la TL. La masiva y cruel persecución a la Iglesia, la proliferación de sectas programadas y financiadas desde el norte, la creación del Instituto para la Democracia y la Religión, etc., son exponentes del ataque decidido a la Iglesia y a la TL.

Desde un punto de vista *eclesial-teológico* algunos teólogos de la primera generación de la TL estuvieron activamente presentes en Medellín y varios de ellos han colaborado frecuentemente con obispos y conferencias episcopales como asesores de la pastoral y de la confección de importantes cartas pastorales. Pero paulatinamente fueron cayendo bajo sospechas y recelos, y acusados de sociologizantes, politizantes, reduccionistas y marxistas. No deja de haber un cierto anacronismo en esas sospechas, pues precisamente en los momentos en que la TL más ha elaborado los contenidos perennes y trascendentes de la teología (Dios, Cristo, la Iglesia, la gracia, los sacramentos, la espiritualidad, etc.) y más claramente aparece como distinta a movimientos como “cristianos por el socialismo,” más han recrudecido los ataques. En Puebla los teólogos de la liberación fueron claramente marginados, aunque su actuación *extra aulas* fuese reconocida por varios obispos como ejemplarmente servicial y eclesial. Puebla, sin embargo, simbolizó el rechazo a la TL. Y desde entonces, por más que los mismos teólogos hayan esclarecido su intención evangélica y eclesial y su producción así lo muestre objetivamente, varios obispos en público y en privado han seguido recelando y recha-

zando a la TL. Puebla no condenó a la TL, Juan Pablo II dijo más bien que toda teología debía ser liberadora, pero han proseguido las críticas y se han hecho públicas algunas intervenciones de la Congregación de la Fe contra algunos teólogos de la liberación.

2. Este es el proceso en donde se inscribe la *Instrucción*. Conviene tenerlo en cuenta para comprenderla como un documento que versa formalmente sobre teología, pero, por lo dicho, tendrá también consecuencias eclesiales —lo cual contempla explícitamente la *Instrucción*— e histórico-políticas, lo cual ignora.

En este contexto la *Instrucción* tiene que recoger y reafirmar lo que doctrinalmente —y más o menos en la pastoral concreta— es ya cosa adquirida en la Iglesia; la opción preferencial por los pobres y el compromiso serio de la Iglesia con la liberación integral de los pueblos. Por otra parte, desea —y esto es lo que más desea— pronunciarse con claridad sobre los recelos y sospechas hacia la TL que han mostrado varios obispos y también grupos políticos, sin que las frecuentes aclaraciones de la TL hayan sido comprendidas. Esto último se puede deber a que los mismos teólogos no han logrado explicarse bien o a que no son bien comprendidos, no se les desea comprender o quizás no se les puede todavía comprender bien, por la novedad de esta teología y de su contexto histórico y eclesial.

Desde esta óptica global la *Instrucción* produce una extraña sensación. Por una parte rara vez se ha hablado con tanta claridad y urgencia sobre la liberación; y por otra parte, rara vez se han lanzado acusaciones tan graves contra una teología que la promueve. Veámoslo.

La *Instrucción* comienza explicitando lo que es el contexto, objeto y finalidad de toda teología hoy en América Latina: la trágica y terrible situación de las mayorías populares del continente ante la cual la Iglesia y la teología debe reaccionar evangélicamente y en lo cual se juega también la identidad y relevancia de la Iglesia. En uno de los párrafos más fuertes de un documento proveniente del Vaticano se describe la situación latinoamericana de esta manera: “El acaparamiento de la gran mayoría de las riquezas por una oligarquía de propietarios sin conciencia social, la casi ausencia o las carencias del Estado de derecho, las dictaduras militares que ultrajan los derechos elementales del hombre, la corrupción de ciertos dirigentes en el poder, las prácticas sal-



vajes de cierto capital extranjero." Este párrafo es notable porque no sólo supone los sufrimientos reales de las mayorías sino que aduce sus causas.

Ante esta situación la *Instrucción* insiste en que es legítima la aspiración de los pueblos por su liberación; que la Iglesia debe trabajar por ella y que la teología debe hacer de ello objeto propio de su reflexión. Insiste también en que la posterior "llamada de atención de ninguna manera debe interpretarse como una desautorización de todos aquellos que quieren responder generosamente y con auténtico espíritu evangélico a "la opción preferencial por los pobres." De ninguna manera podrá servir de pretexto para quienes se atrincheran en una actitud de neutralidad y de indiferencia ante los trágicos y urgentes problemas de la miseria e injusticia" (*Introducción*).

En estos párrafos hay un reconocimiento implícito de la TL —más allá de algunos reconocimientos explícitos que se hacen en la *Instrucción* —pues el que se tenga que abordar esta problemática y el que se tenga que abordar con

tanta claridad y vigor es fruto de una teología que ha puesto en claro como ninguna otra, ni como la doctrina social de la Iglesia, lo insoslayable que es para la teología el tema de la liberación y de la justicia y lo productivo que es para ella abordar la totalidad del depósito de la fe también desde esta perspectiva.

Sin embargo, la *Instrucción* hace gravísimas acusaciones y advertencias a lo que convencionalmente se llama teología de liberación, la cual nunca es mencionada en autores o producción teológica. Hay aquí un serio problema de saber sí, dónde y hasta qué grado es realidad lo que se va a afirmar. No se define qué sea teología de la liberación, aunque se supone que hay varias de ellas. Esta ambigüedad recorre todo el documento y por ello no se sabe con certeza si las acusaciones son más condenaciones o advertencias. En la teoría se va a dar una definición nominal de una teología de la liberación: la que incurre en los errores que se van a citar. En la práctica como lo explicó Mons. Cuarracino, presidente del CELAM, no va a ser entendida ni como la teología de

Puebla, ni como la teología de la liberación que usa de mediaciones culturalistas, ni como la del movimiento cristiano por el socialismo que, por su declive, no merecería una especial atención. Por exclusión entonces la *Instrucción* se referiría a lo que convencionalmente se entiende hoy por TL, es decir, a la producida por G. Gutiérrez, L. Boff, I. Ellacuría, R. Muñoz, J.L. Segundo, S. Galilea, etc.

De esta TL se dice en la *Instrucción* que comete el grave error de basarse en el marxismo. Acepta que un análisis social sea necesario para la teología, pero condena que éste deba ser el marxista. La TL asume sin crítica al marxismo, tanto por lo que tiene de ciencia social como por su relación a la ideología materialista y atea. La TL en su afán de eficacia ha quedado fascinada por el marxismo como método científico, esperando de él la liberación. Con ello comete un doble error: error práctico, pues el marxismo no sólo no lleva a la liberación, sino a peores esclavitudes; y error teórico, pues el marxismo por necesidad tiene que desfigurar y en último término vaciar los contenidos de la fe.

Al asumir el marxismo como su principio determinante, la TL comete graves errores de método en cuanto a cómo buscar su verdad y graves errores en su contenido. Por lo que toca a la búsqueda de la verdad la TL la entendería así: "La verdad es verdad de clase, no hay verdad sino en el combate de la clase revolucionaria. La lucha de clases es pues presentada como una ley objetiva necesaria. Entrando en su proceso, al lado de los oprimidos, se "hace" la verdad, se actúa "científicamente." En consecuencia, la concepción de la verdad va a la par con la afirmación de la violencia necesaria, y por ello con la del amoralismo político" (XIII, 5.7).

Por lo que toca a los contenidos, la *Instrucción* presenta lo que la TL diría sobre las verdades fundamentales del cristianismo. Por lo que toca a Dios, se le consideraría superfluo, pues "la lucha de clases es el motor de la historia;" por ello "se tiende a identificar el Reino de Dios y su devenir con el movimiento de la liberación humana, y hacer de la historia misma el sujeto de su propio desarrollo como proceso de autorredención del hombre a través de la lucha de clases" (IX, 3). Por lo que toca a la fe, ésta se convierte en "fidelidad a la historia" (IX,4).

Por lo que toca a la Escritura, la hermenéutica de la TL conduciría "a una relectura

esencialmente política" (X,5), "a negar la radical novedad del Nuevo Testamento, y, ante todo, a desconocer la persona de Nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, al igual que el carácter específico de la liberación que nos aporta, y que es ante todo liberación del pecado, el cual es la fuente de todos los males" (X,7). "Está claro que se niega la fe en el Verbo encarnado, muerto y resucitado por todos los hombres, y que "Dios ha hecho Señor y Cristo." Se le substituye por una "figura" de Jesús que es una especie de símbolo que recapitula en sí las exigencias de la lucha de los oprimidos" (X,11). "Es cierto que se conservan literalmente las fórmulas de fe, en particular la de Calcedonia, pero se le atribuye una nueva significación, lo cual es la negación de la fe de la Iglesia" (X,9). Por lo que toca a la Iglesia, "*La Iglesia de los pobres* significa aquí una Iglesia de clase, que ha tomado conciencia de las necesidades de la lucha revolucionaria como etapa hacia la liberación y que celebra esta liberación en su liturgia" (IX,1). Por lo que toca a la jerarquía, "las relaciones entre la jerarquía y la "base" llegan a ser relaciones de dominación que obedecen a la ley de la lucha de clases" (X,15). Por lo que toca a la Eucaristía, "La lucha de clases en el camino para esta unidad. La Eucaristía llega a ser así Eucaristía de clase" (X,16). Por lo que toca a la ética, "Por concesión hecha a la tesis de origen marxista, se pone radicalmente en duda la naturaleza misma de la ética. De hecho, el carácter trascendente de la distinción entre el bien y el mal, principio de la moralidad, se encuentra implícitamente negado en la óptica de la lucha de clases" (VIII,9). Por lo que toca a la teología, "se substituye la *ortodoxia* como recta regla de la fe, por la *ortopraxis* como criterio de verdad" (X,3); "se trata más bien de la subordinación de toda afirmación de la fe o de la teología a un criterio político dependiente de la teoría de la lucha de clases, motor de la historia" (IX,6).

Esto sería según la *Instrucción* la TL y a ello la habría conducido su asunción acrítica del marxismo. La *Instrucción* es consciente de que hay algo de 'construcción' en su presentación, tanto en cuanto a la intención de los teólogos como a los contenidos. En cuanto a la intención, la asunción del marxismo se hace "más o menos consciente" (X,3); en cuanto a los contenidos unos "se encuentran tal cual en algunos escritos de los "teólogos de la liberación." En otros, proceden lógicamente de sus premisas" (IX,1). Pero

lo que le interesa es la conclusión al servicio de la cual está la construcción sistemática de la *Instrucción*. “Uno se encuentra pues delante de un verdadero sistema, aun cuando algunos duden de seguir la lógica hasta el final. Este sistema como tal es una perversión del mensaje cristiano tal como Dios lo ha confiado a su Iglesia. Así, pues, este mensaje se encuentra cuestionado en su globalidad por las “teologías de la liberación” (IX, 1)

3. Indudablemente lo que afirma la *Instrucción* es una perversión del mensaje cristiano y por eso cualquier teología que incurra en ello debe ser no sólo advertida, sino objetivamente condenada. Vista la *Instrucción* desde América Latina y por los autores de la TL es conceptualmente correcta en su parte doctrinal, pero sustancialmente inadecuada por no corresponder —y mucho menos con la gravedad que se denuncia en la *Introducción*— a la práctica real de la TL. Se trata, por lo tanto, de una construcción intelectual que sigue teniendo la ventaja de recordar positivamente los contenidos fundamentales de la fe y de advertir indirectamente de los peligros de desvirtuarlos, pero que ha llevado a la paradójica situación de que los teólogos más acreditados de la TL no se reconozcan en ella. Algunos incluso han hecho una explícita profesión de fe, aceptando todos y cada uno de los elementos doctrinales positivos y reconociendo la necesidad de ser siempre recordados y elaborados.

Sin embargo, han analizado también lo que hay de construcción en el documento y por qué. Por lo que toca al punto central del marxismo hay dos cuestiones distintas de hecho y de derecho. De hecho, el uso del marxismo como análisis social científico es muy marginal en algunos teólogos de la liberación, en otros su uso ha sido moderado y decreciente —de ahí lo anacrónico de la *Instrucción*— y en cualquier caso ni se ha absolutizado el marxismo como el único método de análisis ni mucho menos se ha hecho de él el principio inspirador de la TL. Esto no quita que existan ciertos elementos en el análisis marxista que sean ya hoy patrimonio común, aun entre no marxistas, como aparece por ejemplo en la *Laborum Excercens* de Juan Pablo II, ni que el marxismo en cuanto crítica al capitalismo no presente algunas ventajas en un continente sometido por el capitalismo. Pero por la fidelidad evangélica de la TL y por la honradez humana hacia lo que éstos u otros análisis iluminan de verdad, la postura de la TL hacia el análisis marxista es crítica y madura, capaz de aceptar lo iluminador y rechazar lo oscurecedor. Para quien conoza el desarrollo de la TL esto debería quedar bastante claro.

Por lo que toca a la cuestión de derecho, no es éste un punto que en la actualidad sea candente dentro de la TL, aunque la *Instrucción* lo ha vuelto a hacer actual. La TL cree que el marxismo en cuanto ciencia social debe ser juzgado

**DELUXE HOY**

Aire Acondicionado Tel.: 23-6960

**3:30, 6:00 y 8:30 p.m.**  
Admisión: ₡ 5.00

**¡UNA EXTRAORDINARIA  
PELICULA SOBRE  
"LA TEOLOGIA" DE  
LA LIBERACION!  
"TERENCE STAMP"**

Fabrizio  
Benti voglio  
y Paula Molina

TECHNICOLOR  
MAYORES 18 AÑOS



**MUERTE EN EL VATICANO**

científicamente por sus propios méritos y deméritos. Pero para ello debe ser bien entendido, bien diferenciado según épocas históricas y lugares geográficos. Estrictamente hablando no cree que sea competencia del magisterio definirse sobre el análisis marxista en cuanto ciencia social, como no lo es definirse ante la variedad de concepciones de la física. Esto no quita la necesidad de iluminación pastoral sobre las consecuencias de su uso, como sobre las consecuencias del uso de otros análisis sociales. Pero la *Instrucción* al plantear la cuestión de derecho, dos cosas se temen. La primera es que se haga una presentación de él inadecuada o al menos discutible entre los mismos teóricos del marxismo, marxistas o no, con lo cual no se ha avanzado mucho en el esclarecimiento del problema. La afirmación, por ejemplo, de que "el ateísmo y la negación de la persona humana, de su libertad y de sus derechos, están en el centro de la concepción marxista" (VII, 9) es una afirmación científicamente discutible, aunque haya que tener en cuenta pastoralmente esas realidades, provengan fácticamente del marxismo o de otras ideologías. La segunda es el temor de que ocurra con esta ciencia social lo que abundantemente ha sucedido antes en la historia de la Iglesia con la condena —en nombre de la fe— de los descubrimientos científicos y sociales. Con ello se volvería a desprestigiar, por haber confundido fe y ciencia y por no haber discernido lo que de positivo pueda haber en esa ciencia o a lo que de positivo pueda responder en una determinada coyuntura histórica. Sobre este punto teórico quizás se pronuncien los teóricos del marxismo, desde el mismo marxismo, desde otras ciencias sociales y desde la teología. Basta aquí con reseñarlo como problema.

Pero lo más desconcertante de la *Instrucción* es la construcción sistemática que se hace de la TL. Realmente es difícil reconocer en cada una de las afirmaciones mencionadas y más en su globalidad lo que de hecho se escribe hoy en TL. Que su finalidad siga siendo práxica, que posea un talante profético, que desea insertarse y recoger lo popular es verdad. Por ello habla de las afirmaciones de la fe de una manera históricamente novedosa, aunque fácilmente se la redescubre en la revelación de Dios; por ello procura adjetivar —aunque eso siempre tiene su dificultad— a las grandes verdades de la fe. Así se habla de un Dios de la vida, de un Dios de los pobres, de un Dios de la liberación; se habla de un Jesús liberador y del seguimiento de Jesús; de una Igle-

sia de los pobres, solidaria con ellos y sacramento de salvación. Esta dualidad que aparece en la adjetivación no quiere decir negación o minusvalorización de uno de sus polos en favor del otro. Cuando se habla del Dios de la vida se habla de la vida, pero se habla de Dios; más aún, se habla de la vida para mejor conocer la revelación de Dios, pero se habla de Dios para mejor y con mayor abundancia propiciar la vida. Que en sus inicios, por su propia naturaleza, la TL se haya concentrado en la temática más histórica es comprensible. Pero no se puede afirmar ni que se ignorara tampoco en sus inicios el otro polo ni, mucho menos, que la TL no lo ha ido elaborando positivamente. Para ello, de nuevo, no hay más que leer su producción de los últimos años. Que se reinterpretase ese tratamiento de Dios, Cristo y la Iglesia sólo como pura táctica para promocionar lo histórico sería negar la objetividad de lo que dice la TL o presuponer perversidad en sus autores.

¿Por qué, pues, la *Instrucción* desfigura de tal manera la TL real? Muchas pueden ser las causas. Causas extrateológicas pueden ser en primer lugar las limitaciones, los errores y los énfasis exagerados que se han realizado en la práctica en nombre de la TL, como se realizan —y mucho más flagrantemente— en nombre de otras teologías. Esto no se puede negar, pero no es lo más profundo. Otras causas pueden ser las nuevas y duras, aunque también gozosas, exigencias que la TL pone a la Iglesia y sus consecuencias: divisiones intraeclesiales, conflictos con gobiernos, persecuciones y martirios. Quizás también, el cuestionamiento del mundo occidental como el mundo cristiano por excelencia.

Pero en cuanto a las causas más estrictamente teológicas hay que mencionar el mismo desconocimiento de la TL y, más de fondo, quizás, de su método y de su talante. Por método entendemos aquí cómo abordar teológicamente el tema de la liberación: si de una forma puramente doctrinal y/o desde la realidad que debe ser liberada. La *Instrucción* adopta un método unilateralmente doctrinal, de modo que a partir de lo que dice la revelación y el magisterio se ilumine la realidad y necesidad de la liberación. Contra esto nada tiene la TL, la cual precisamente ha revalorizado numerosos textos de la Escritura en esa línea y ha incluso forzado objetivamente a que también el magisterio de la Iglesia se interesara por la liberación. Pero la TL considera este método, sobre todo cuando se trata de analizar teológica-

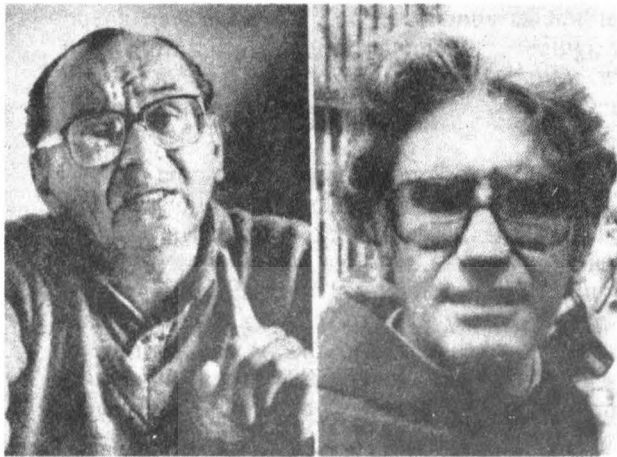
mente novedades históricas radicales, como insuficiente. La TL ha intentado complementar el enfoque doctrinal, desde lo ya sabido o, mejor dicho, desde lo ya formulado, con el enfoque desde la realidad. No es sólo el que haya verdades en la revelación y en el magisterio lo que debe mover a tratar la teoría de la liberación en la teología y la práctica de la liberación en la misión de la Iglesia; sino que es la misma realidad la que lo impone a la teología y a la Iglesia; más aún, esa misma realidad es la que ha hecho redescubrir que de eso habla también la revelación y eso exige. En la TL hay, pues, complementaridad de método; atención a lo que ya está en posesión doctrinal y atención a lo que surge de la realidad. Y como esto último es captado como signo de los tiempos, como voluntad de Dios, por ello ambos enfoques son estrictamente teológicos. Que haya énfasis en la realidad no quiere decir ni ignorancia de lo doctrinal ni sociologización de la teología, pues se trata de analizar la realidad desde la visión y la voluntad de Dios. Y por ello precisamente le es tan fácil a la TL volver a la revelación de Dios y captarla.

Pero además de ese método fundamental, hay un talante teológico diverso en la *Instrucción* y en la TL. En aquella, la teología parece ser una realidad ya constituida con independencia de los pobres a quien se quiere liberar; mientras que en ésta la misma realidad del pobre es uno de los elementos importantes de su constitución. Lo es para conocerlos en su realidad y saber de qué se está hablando al hablar de liberación; pero lo es también —y a esto nos referimos al mencionar la diversidad de talentos— porque el mundo de los pobres ofrece a la teología un tipo de realización de la fe que, por ser la de los pobres, la de los destinatarios privilegiados del evangelio, posee su propia iluminación. La repetida afirmación de que los pobres no evangelizan no es mera retórica. No hay por qué idealizar el mundo de los pobres ni encontrar en él un sustitutivo para la totalidad de la teología; pero sin él, la teología no recupera su talante evangélico. De ahí que el remitirse de la TL a la realidad de los pobres como a su propio lugar le es consustancial, la hace teología responsable y urgente, profética y praxica, pero también espiritual, llena de gozo y de gratuidad. La TL es entonces una necesidad urgente para la liberación de los pobres, pero es también el pago de una deuda contraída con ellos.

Quizás por la diversidad de talentos, que

proporcionan diversas ópticas, la *Instrucción* no ha captado lo que en la TL es fundamental y cada vez más fundamental. La *Instrucción* ha pasado por alto, por ejemplo, la ingente producción en materia de espiritualidad, que corresponde a la espiritualidad vivida por el pueblo pobre y por quienes con ellos se solidarizan. No ha captado o no menciona el compromiso de la TL con todo el pueblo de Dios, hecho mayoritariamente de pobres; y dentro de ese pueblo de Dios, tanto con las comunidades eclesiales de base como con la jerarquía a la cual los teólogos —como lo demuestran muchos ejemplos— están muy dispuestos a servir, a dialogar y a dejarse también avisar y corregir. Tampoco menciona las dificultades, amenazas, ataques que sobrevienen a la TL, lo cual en cuanto asunto meramente biográfico no tienen por qué mencionarlo los teólogos de la liberación, pero no se debe ignorar en cuanto expresión de solidaridad de la TL con el pueblo sufriente al que la *Instrucción* dice que se debe liberar.

Quizás lo más desconcertante de la *Instrucción* para la TL es lo que se dice en la introducción: *que es ruinoso para la fe*. Indudablemente, tal como se la sistematiza en la *Instrucción* no sólo es ruinoso, sino su contradicción. Pero eso hay que verificarlo y ser conscientes de lo que está en juego al buscar criterios de verificación. La TL está acostumbrada a verificarse a sí misma según los resultados que produce. En esa verificación está dispuesta a que se la mida según la doctrina de la Iglesia; pero está atenta para ver si en la realidad de la vida de los cristianos produce no sólo mejores formulaciones, sino mayor fe, esperanza y caridad, más compromiso real con los pobres del continente y mayor vida eclesial. Que en América Latina haya grupos cristianos que exageren y unilateralicen algunos aspectos de la fe, que incluso algunos la hayan abandonado, que en ello —como ocasión más que como causa— haya podido estar actuante a la TL es una posibilidad que no se puede excluir, como no se puede negar que otras teologías por lo que han dicho y no han dicho hayan acompañado el proceso de pérdida de fe en el primer mundo. Pero concedido esto, ni la intención de la TL ni su realidad objetiva ha sido despotenciar, sino potenciar la fe, entendida en el sentido estricto de fe en Dios, seguimiento de Jesús y caminar como pueblo en el Espíritu. No se puede negar, y así lo han reconocido muchos de dentro y muchos de fuera que vienen precisamente a encontrar sentido a su fe dubitante o perdida, que ha habido un incremen-



to de fe cristiana entre los pobres del continente, que ha habido un incremento de fe cristiana entre dubitantes y desinteresados, y que esa fe ha tenido muestras notables que llegan hasta el martirio. Por otra parte, sea cuales fueren las limitaciones de la TL no se puede decir de ella que propicie la terrible denuncia de la Escritura: "Por vuestra causa se blasfema el nombre de Dios entre las naciones." Incluso entre los no creyentes del continente, se toma ahora con seriedad a la religión y a la Iglesia; para algunos su mismo ateísmo ha quedado cuestionado. Y esto es sumamente importante para el presente y para el futuro de la Iglesia y de la fe en un continente cuyas convulsiones actuales pueden llevar a convulsiones culturales y religiosas en el próximo siglo.

4. Esta *Instrucción* es un importante documento eclesial, no sólo por su autoridad formal, que no es más que la de un documento aprobado por el prefecto de una congregación vaticana aunque con el consentimiento del Papa, sino porque toca un problema gravísimo para la teología, para la Iglesia y para el mundo.

Las reacciones, su circunspección, su madurez y sus expectativas muestran que se la ha tomado en serio. Las reacciones políticas no se han hecho esperar, por supuesto. *The Wall Street Journal* no ha disimulado su gozo al interpretar la *Instrucción* como una señal de que la Iglesia se pone militantemente del lado anticomunista. Pero las reacciones eclesiales han sido otras. Ha habido muchas y variadas; casi todas mostrando serio interés y a veces dolor. Pero se la ha tomado en serio.

Los obispos y conferencias episcopales se han pronunciado. Todos por supuesto asumen la parte doctrinal en cuanto tal. Pero aquellos cuyo problema real en el tercer mundo es la liberación de los pobres más que la teoría en cuyo nombre se haga han recalcado la exigencia objetiva de la *Instrucción* hacia la liberación. "El documento reafirma la opción por la Iglesia de los pobres," ha dicho el Cardenal Arns. Más aún, otros, como Mons. Rivera, han afirmado que la *Instrucción* no condena la TL ni menos a los teólogos. Las reacciones en el mismo Vaticano al presentar la *Instrucción* y comentarla han sido delicadas y no aplastantes. Ya hemos visto cómo han reaccionado los mismos teólogos.

Sería un grave error interpretar sus respuestas como puro desahogo profético o como pura táctica conciliatoria. Dicen honradamente la verdad en un momento importante de la TL. Cuando reafirman su obediencia eclesial y su disponibilidad a ser avisados y corregirse, así lo sienten. Cuando cometan críticamente la *Instrucción* lo hacen también con honradez. Lo que exige el momento es un verdadero diálogo, abierto ya aunque de forma intempestiva, en el cual el magisterio siga cumpliendo con su misión de avisar y corregir, pero de forma animante, desde la verdad de la TL, y en el que la TL se comprometa a superar limitaciones y a ofrecer con humildad sus mejores frutos a la Iglesia universal.

Y es que lo que está en juego no es una teología ni unos teólogos. Está en juego la liberación de las mayorías oprimidas de este mundo, los privilegiados de Dios, sometidos en el continente latinoamericano cristiano por quienes se dicen cristianos. A esa liberación histórica y evangélica deben cooperar todos, desde el Vaticano hasta los cristianos de la base; desde los obispos y teólogos del primer mundo hasta los de América Latina. Ello debe unificar a toda la Iglesia y en vista de ello se debe implementar la comunión y participación que proclamó Puebla. De ello daremos todos cuenta y por ello seremos todos juzgados.

J.S.